

¡Ah! No sólo somos ingratos hácia Jesus y su Madre, sino que somos crueles con nosotros mismos, buscando nuestra perdicion en la dureza de nuestros corazones. ¡Ángeles santos, cielo, tierra y cuanto hay en la creacion, alabad y bendecid á tal Hijo y á tal Madre por el amor que tienen á los hombres! Yo os alabo, Jesus mio, y quiero bendeciros por toda la eternidad.

MEDITACION II.

Sobre la última cena de Jesucristo.

1.º Habia dicho Jesucristo á sus discípulos (Math., cap. v, vers. 17) que no habia venido á abrogar la ley, sino á darla cumplimiento; así es que se sujetó hasta á la ley de la circuncision, como si fuera pecador. Mandando, pues, la ley que todo judío adulto celebrase la Pascua en memoria de haber sido libertados los primogénitos hebreos del exterminio, Jesucristo cumplió con esta sagrada ritualidad; mas aquel corazon amante de los hombres tenía un vivísimo deseo de celebrar la Pascua que iba á cerrar la era de las figuras y sombras, y abrir la de la realidad y la luz, manifestándose así á sus discípulos, diciéndoles estas palabras: «Con vehemente deseo he suspirado por comer esta Pascua con vosotros.» (Lucæ, cap. xxii, vers. 15.)

Prescribia Dios que esta Pascua se hiciese asistiendo á la cena del cordero con haldas en cinta, bordon en la mano y sandalias en los piés, para manifestar que era en tiempo de premura y de viaje cuando se instituyó, y que era el paso ó visitacion del Señor. Era, por lo tanto, la Pascua de los judíos la conmemoracion del cambio que efectuó Dios en ellos de la esclavitud de Egipto á la libertad del pueblo de Dios; y tanto este tránsito como la próxima sumersion del ejército de Faraon en las aguas

del Mar Rojo, eran la figura de la transicion de todo el linaje humano de la esclavitud del pecado á la libertad de hijos de Dios que habia de conseguir con la muerte del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Joan., cap. i, vers. 29), al propio tiempo que el enemigo cruel de nuestra dicha, es decir, Lucifer y sus ángeles, eran vencidos por la muerte de este Cordero inocente, que los habia de precipitar en el abismo de fuego. Era, por tanto, esta última Pascua el pensamiento íntimo de Jesus, y su deseo más reconcentrado. ¡Qué alegría sentia su corazon cuando recordaba á sus discípulos este momento que habia de llegar! *Tengo que ser bautizado*, les dice; *¡y qué ánsia tengo de que se cumpla!* (Lucæ, cap. xii, vers. 50.) Era tambien esta Pascua en la que iba Jesus á pasar de este mundo á su Padre.

¡Oh alma mia! Todo te está diciendo que celebres siempre esta Pascua, que pases de la vanidad del mundo al amor íntimo de tu Dios, de la esclavitud del pecado á la libertad de hijo de Dios, y del apego y amor desordenado que tienes á las cosas de este mundo caduco y loco, al amor de las celestiales y eternas. Apresúrate, como los verdaderos israelitas, ciñendo tus lomos, es decir, refrenando la lujuria de la carne con la continencia, calzando tus piés para caminar con denuedo hasta lo más alto de la perfeccion, pues no te has de contentar con ser perfecto á medias teniendo el más ligero apego á ninguna cosa terrena, sino subiendo, como Elías, á la cima del monte santo, y por fin tomando en tu mano el báculo de la gracia de Dios, para que te sostenga en tu miseria y flaqueza, y te sirva de arma contra el enemigo; en una palabra, la castidad, sin la cual ninguna obra es buena; la fé, que nos pone delante los bienes eternos que esperamos, y la humildad, que nos hace desconfiar de nosotros mismos y pedir á Dios incesantemente sus auxilios. Hé aquí lo que has de tener, alma mia, para acompañar á Jesus

en su Pascua. ¿Posees acaso estas virtudes, alma mia?

Señor, me avergüenzo de no haberos amado; me avergüenzo aún más de haber amado los placeres torpes de este mundo. Pero yo te adoro, Dios mio, por tus misericordias para conmigo. «Yo estaba sordo, y me llamaste, me gritaste, y rompiste mi sordera; yo estaba ciego, y apareciste resplandeciente y fugaste las tinieblas.» (San Agustín, lib. x, *Confes.*, cap. xxvii.) Quiero amar lo que que aborrecí, quiero aborrecer lo que amé; léjos de mí, mundo presumido y orgulloso; léjos de mí, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida; léjos de mí, enemigo, que has querido alucinarme con un poco de honor mundano que pasa como el humo. Mi Dios, mi Redentor, mi alma, la eternidad: hé aquí los únicos objetos que interesarán desde hoy mi existencia terrena.

2.º Sabiendo los Apóstoles la exactitud con que su divino Maestro observaba los preceptos de la ley, y viendo que se aproximaba la Pascua, le preguntaron en qué casa de Jerusalem queria que le preparasen lo necesario para esta solemnidad: entónces el Salvador les prescribió lo que habian de hacer, yendo á una casa cuyo dueño, á una simple insinuacion de su parte, les mostraria una gran habitacion adornada y compuesta, en la cual prepararán cuanto era necesario para la cena. Hiciéronlo así los dos discípulos comisionados al efecto; el señor de la casa cedió cuanto tenía de más rico en obsequio de Jesucristo.

Es muy digno de notarse en esto, que Jesucristo obra como Soberano absoluto de todas las cosas, pues á una ligera insinuacion se le da cuanto quiere; tambien se debe advertir cuán grande es su gracia en los corazones humanos cuando éstos se prestan á sus movimientos é ilustraciones. Este hombre á quien Jesus se dirige pidiéndole su casa, es el tipo de la constancia de nuestro amor á Dios y del alto desprecio con que hemos de des-

oir los mandatos de los hombres cuando se oponen á la gloria del Señor. Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habian dado orden que cualquiera que supiese dónde estaba Jesus, lo delatase inmediatamente á la autoridad, para echarle mano. (Ioan., cap. xi, vers. 56.) Este hombre á quien el Redentor se dirige, ni teme las amenazas de los malos pontífices, ni mira á las consecuencias que le podria acarrear su condescendencia: al contrario, no se contenta con darle su casa, sino que la adorna y hermosea como para recibir á un príncipe, y le cede lo mejor de ella, haciendo poco caso, como dice el Crisóstomo, de la ojeriza y encono que los magistrados de la ciudad tendrian contra él. (Homil. 82, in Math.)

Pero entendamos que por mucha que sea la virtud de la gracia, no vendria á nuestro corazon el Redentor si nosotros no le abrimos la puerta, prestándonos gustosos á sus inspiraciones. Jesus llama, pero no encadena á nadie; Jesus mueve nuestros corazones, pero no entra en ellos por fuerza. Se llega á la esposa, y la dice: «Ábreme, hermana mia, porque mi cabeza está llena del rocío de la noche, y mis cabellos están empapados de humedad.» (*Cant. Canticor.*, v, 2.) Y la esposa, es decir, el alma, no quiere abrirle por no mortificarse un poco, prefiriendo la comodidad y el regalo sensual al amor y la visita de Jesucristo. ¿Y qué sucede? Que la gracia se va, y perdida una ocasion, no sabemos cuándo vuelve; porque no da Dios sus tesoros á quien los mira con tan poco aprecio; al contrario, muchas veces se los quita. (Math., xxv, 29.)

El alma que abre á Jesucristo cuando la llama, le da cuanto tiene con toda espontaneidad; si le ha ofendido ántes, llora con amargura, y se purifica para que habite en ella el Esposo divino, jurándole ser fiel en su amor para siempre; entónces Jesus celebra su Pascua en esta alma, fortificándola con su gracia, santificándola con su presencia, alimentándola con su amor y diciéndola que,

siendo ella fiel, la amará como á una esposa por toda la eternidad. (*Cantares*, cap. II, vers. 14.)

La pieza en que Jesucristo celebra la última Pascua, á diferencia de cuanto ha servido á su persona augusta hasta entónces, es rica, suntuosa y grande: y como era ésta la primera iglesia ó el primer templo cristiano, pues iba á ofrecerse en él el sumo y eterno Sacerdote, instituyendo el Santísimo Sacramento, ordenando á los Apóstoles que lo consagrasen ellos siempre en memoria suya, y dándoles la Comunión, quiso que el propietario le diese lo méjor, para declarararnos que hemos de dar al Señor lo más rico que tenemos. Yo me confundo, porque lo más precioso que tengo es mi corazón, que el Señor me pide para sí, y léjos de entregárselo á Él, se lo he dado al mundo, á la vanidad y á la sensualidad.

¿Quién no se estremece al contemplar lo que pasa en el mundo hoy día? Apenas bastan los tesoros de la tierra para satisfacer las exigencias del lujo; no hay una sola clase que no haya traspasado los límites de la moderación, y miéntras la humanidad marcha locamente tras la idolatría de sí misma; miéntras el vestir, el andar, el aderezo de las personas, los muebles de las casas y cuanto ha inventado la sensualidad manifiestan que los tesoros abundan por todas partes, sólo en los templos se ve pobreza y miseria. Cuando se trata de dar á la vanidad, se abren nuestras manos; cuando Jesucristo nos pide algo para sí, las cerramos. ¡Miserables! Señal es ésta que nuestro corazón es de la carne, del mundo y del demonio, no de Jesucristo. Si amáramos al Señor, le daríamos lo mejor que tenemos, como el dueño del Cenáculo de Jerusalen; seríamos moderados en el comer, parcós en la bebida, modestos en los vestidos, y tendríamos que dar á los pobres y á Jesucristo. ¡Oh Dios mio! Dadme vuestra gracia, para que yo me entregue enteramente á Vos, desprendiéndome con generosa resolución de todo lo ter-

reno, ántes que llegue aquel día terrible en que me has de pedir cuenta severa de lo que he gastado en dar pábulo á la vanidad de los sentidos.

3.º Preparadas todas las cosas, y llegada la hora, se sentó Jesucristo con sus discípulos á celebrar la Pascua: el ornato esencial de esta mesa era el cordero sin mancha que debía comerse no quebrantando un solo hueso, admirable símbolo por el cual prefiguraba cada año la Sinagoga el gran sacrificio del Cordero de Dios que algun día se habia de inmolar por los pecados del mundo. Jamás se habia celebrado una Pascua como ésta, donde se encontraban en contacto inmediato la noche y el día, la figura y la realidad, la víctima y el sacerdote; es el último momento de la noche del pecado, y el primero del día de la gracia; es la última Pascua aceptada á la Divinidad, celebrándola el mismo que la instituyó, como el tipo de aquel sacrificio que le sería grato desde entónces y se le ofrecería en toda la tierra, y es la primera real y verdadera, porque va á consumarla en sí mismo el sumo y eterno Sacerdote, que es al mismo tiempo la víctima de propiciación por los pecados del linaje humano.

El gozo que Jesucristo tiene en esta ocasión, se descubre en sus palabras. Es tal la ternura con que habla á sus discípulos, que les da el nombre de hijitos tiernos. (Joan., cap. XIII, vers. 33.) Pero al mismo tiempo ¡qué pensamientos tan tristes atraviesan la frente serena de Jesús! Está partiendo el cordero, y se considera á sí mismo la realización de lo que Él mismo haría; la escena triste iba á empezar dentro de dos horas, y ántes de veinticuatro no habia de tener gota de sangre en su cuerpo, como acaecía al cordero que repartía. ¡Amabilísimo Jesús! Lleno de dulzura para con sus discípulos, está absorto en el pensamiento de su sacrificio, descubriéndolo en sus palabras, y comunicándoles á todos la tristeza que le agobia: «En verdad os digo que uno de vosotros me ha de

entregar: el Hijo del Hombre va ciertamente como está escrito de Él; pero ¡ay de aquel por quien ha de ser entregado! mas le valiera no haber nacido.» (Math., capítulo xxvi, versículos 21 y 24.)

Así empezó la conversacion de la mesa, en la que cada uno de los discípulos pretendió dar pruebas de amor y adhesion á su Maestro, para demostrarle cada cuál que no era él el traidor. (Math., cap. xxvi, vers. 22.) Así se concluyó tambien la cena frugal, cantando todos al fin un himno en accion de gracias al Señor. ¡Ah! No llama tanto mi atencion en esta solemne cena lo que pasa en el corazon de Jesucristo, como lo que le rodea. Jesucristo, al mirar ante sí el cordero inmolido, recorre en un solo acto cuanto ha ocurrido desde la prevaricacion de Adan, y viendo la nulidad de los sacrificios de corderos y becerros para borrar los pecados, se ofrece Él á su Eterno Padre, como lo habia vaticinado David. (Psalm. xxxix, vers. 8.) Por mucho que hagamos, nunca podremos agradecer como merece el Redentor este acto de caridad de haber dado su vida por nosotros.

Pero sin desatender esto, aprendamos en la mesa de Jesucristo cuál debe de ser nuestro modo de pasar por este valle de lágrimas para ir á nuestra pátria. Jesucristo vivió pobremente, comió siempre pobremente, y en la espléndida cena en que se despedia de sus discípulos la frugalidad y la moderacion eran el plato más regalado, y la conversacion santa formaba la amenidad de los convidados. ¡Ay! ¡Si serán hijos del Evangelio los cristianos de nuestros dias! Esa sensualidad que se ha introducido en los banquetes, ese conjunto de manjares exquisitos, de vinos y licores, ese atractivo de sinfonías y otros primores, esa profusion con que se derraman sumas inmensas para dar culto sensual por una ó dos horas al Dios de muchos hombres (Rom., cap. xvi, vers. 18), ¿es propio de cristianos? ¡Ah! Jesucristo con su doctrina

condena en general estos abusos, y los llegó casi á desterrar del mundo: al verlos revivir; al ver que en estos tiempos no se piensa más que en el lujo y en la sensualidad; al ver que en las mesas no se oyen sino palabras picantes y equívocos que son otros tantos dardos contra la castidad, ¿qué consecuencia hemos de sacar? Que los hombres que como los patriarcas no tienen morada permanente en la tierra, sino que esperan otra, son ya en corto número; que van volviendo aquellos dias de sensualismo y lujuria, que era el cáncer del mundo en tiempo de la idolatría, y, por fin, que los hombres van mirando con desprecio la doctrina de Jesucristo.

¡Oh alma mia! Ya que conoces esta verdad, procura que tu frente esté señalada con el sello del Dios vivo, para que jamás apliques tus lábios á la copa dorada que el mundo presenta á los que quieren ser hijos de Babilonia. Únete siempre á Jesus, y no te separes de un Padre tan amoroso; arrímate con atencion á su mesa, dice San Buenaventura, que no permitirá el amable Jesus que salgas de su presencia en ayunas. (*De Vita Christ.*, capítulo lxxiii.) Seamos sóbrios y modestos para merecer recibir de las manos de Jesucristo el manjar que nos sostiene en nuestra peregrinacion por el mundo.

MEDITACION III.

Jesus lava los piés á los Apóstoles.

1.º Habiendo concluido de comer el cordero pascual, y estando aún la mesa provista de pan y vino, Jesus se levantó de ella, y despojándose de su manto, se ciñó Él mismo una toalla, y Él mismo tambien echó agua en una palangana, estando cada uno de los Apóstoles sentado en el sitio que respectivamente ocupaba; porque es probable que el Divino Maestro al levantarse de la mesa